

que confusamente movían ruido en nuestros pechos de día, se van quietando poco a poco, y como adormeciéndose se reposan, tomando cada una su asiento; y reduciéndose a su lugar propio, se ponen sin sentir en sujeción y concierto. Y veremos que así como ellos se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta y cobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera se recuerda de su primer origen, y, al fin, pone todo lo que es vil y bajo en su parte y huella sobre ello. Y así puesta ella en su trono como emperatriz, y reducidas a sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico»; palabras donde se expresa la virtud quietadora y suave fuerza ascética de la contemplación de lo armonioso y bello con maestría tal, que las palabras por sí solas son tan delicada y espiritual y substancialmente imitativas de aquella armoniosa belleza dinámica inspiradora de paz, que, como dotadas de virtud mágica, producen un preludio del efecto y de los afectos descritos, que despierta en nosotros una dulcísima sed de verificar cómo en la contemplación estética tiene nuestra alma para su sosiego y mejoramiento en virtud un prendedero del concierto de las estrellas.

Y reciprocamente, como muestra de la elevación a potencia de la virtud artística por las virtudes ascéticas, la escuela prerrafaelista dejó probado que si todo arte es — como dice Ruskin — adoración, la adoración en un Fra Angélico es en sí y de por sí fuente de insuperable

